

COLECCIONES

HACIA

La Tierra ♦ El Hombre ♦ La Poesía



CLARA TERNURA

POEMAS INEDITOS EN PROSA

ROMEO MURGA



ANTOFAGASTA ● CHILE

V i ñ e t a d e R a ú l M a y a l

HACIA

CLARA TERNURA



La poesía vive de honra.— José Martí

11/164A-21p 15)

H A C I A

L A T I E R R A

madura de paz y abundancia

H A C I A

E L H O M B R E

jubilosamente libre

H A C I A

L A P O E S I A

en hermandad con la justicia.

Acaben los ecos, empiecen las voces.— Antonio Machado

4678

Andrés Sabella

DIRECTOR



fué el pastor que convirtió sus huesos en pequeñas flautas de oro y en la dura soledad de Copiapó volvió doradas la lejanía y la tristeza. La palabra en su garganta era un leve pájaro de altura: la canción vino, así, a reventarle con la gracia de una veta de música y melancolía:

«Yo soy el hombre silencioso,
silencioso para cantar».

La resonancia mágica de las distancias del viejo Desierto de Atacama le dió a su canto una vibración de agua crucificada en la sombra de los graves chañares. Y en su canto hubo cetro de cristal para toda criatura del amor:

«Eres tú, toda llena de cosas lejanas».

Hijo del lar de nuestra augusta minería, alcanzó lengua de hondor y resplandor, esto es, de varón en diálogo con la entraña del mundo. Brevisimo de huella terrestre, cegado por áureas bellezas, anduvo, como sus hermanos de cateo y faldeo, tanteando las cimas del Verbo, hasta lograr que la luz durmiese en medio de su frente. Angel Cruchaga Santa María le vió «en lucha con su sombra». Mirémosle, ahora, victorioso de ella, del tiempo y del olvido.

EL 17 de junio de 1904, nació, en la altiva Copiapó, un muchachito a quien sus padres bautizaron, pomposamente: José Luis Romeo. Pero, se le nombró siempre Romeo. Y este Romeo del siglo XX, alto y esbelto, de cabellos castaños, con grandes y soñadores ojos verdes, que brillaban con más intensidad en su rostro moreno, fué, desde su cuna, poeta. No supo jamás de violencias, ni percibió el mal en el corto camino de su vida: absorbió ante la belleza y en diálogo interminable con su espíritu, de sus labios sólo brotaban, en melopea suave y musical: versos, versos, versos.

Cuarto y último hijo de una familia patriarcal, sencilla y unida, fué mimado de su madre y dos hermanas que, reconociendo la superioridad de su intelecto y lo escogido de su ser, se esmeraron en apartar de su vera, sinsabores y penas y velaron por él, amorosamente, hasta entregarlo, doloridas e inconsolables, a la tierra, el 17 de mayo de 1925, en la ciudad de San Bernardo. Recién habíase titulado de profesor de Francés.

Y poeta fué hasta su último suspiro. Días antes de su muerte y cuando ya no podía escribirlos, dictaba sus poemas con voz que más que voz, era un susurro, aliento febril que se escapaba de su cuerpo extenuado y de su blanca alma rebelde. Porque, eso sí, se rebeló ante la prematura muerte, a pesar de su dulcedumbre y de su recia fé cristiana. Quería vivir unos años más para su madre, para cantar a su Dios, al Amor, a la Belleza. Pedía, con insistencia, que se le editara su libro "**El Canto en la Sombra**" que dejó preparado y que vio la luz en 1946, cumpliéndose, así, aunque tardíamente, una promesa fraternal, juramentada en su tumba, (1).

(1) Editorial «Tegualda», Santiago de Chile, Prólogo de Norberto Pinilla, Portada de Víctor Arend, 175 páginas.

Algunas de sus poesías han sido traducidas al sueco por un poeta de esa nacionalidad, versión que me fué referida por el escritor González-Vera.

A 30 años de su muerte, otro poeta, en gesto que lo enaltece, publica algunos de sus poemas en prosa, como un homenaje póstumo del Norte Grande al poeta ido, homenaje tanto más significativo, ya que procede de espíritus selectos que reconocen, sin mezquindades, los valores intelectuales y los esparcen a los vientos para que fructifiquen en las criaturas que todavía han hambre de excelsitud y de belleza, (2).

B e r t a M u r g a S i e r r a l t a

(2) "**Clara Ternura**" es un compendio de "**Alma**", obra que componía Romeo Murga desde 1923. El último de sus poemas se fechó el 30 de enero de 1925:

En la noche estrellada pienso en nuestro cariño.
Te recuerdo en mis brazos como una cosa mía.
Veo tu imagen blanca, reconozco a tus pasos
que vienen lentamente desde la lejanía.

La soledad sin tí me envuelve en torva nube.
Desesperadamente mis sentidos te aguardan.
Mi corazón se fuga de su dolor enorme
por salir al encuentro de la que tanto tarda.



El 14 de enero del mismo año dictó estas estrofas:

No digas: ¡para siempre! ¿Sabes tú si mañana
otro dulzor más hondo te embriagará la boca?
No digas: ¡para siempre!, que detrás de un recodo
acaso un nuevo amor aguarda entre la sombra.

II

El alma es una flor para el amor abierta
y hay tantas mariposas. No digas: ¡para siempre!

Atolondradamente, vivía su adolescencia

reidora en el humilde pueblo de mi niñez. Yo sólo la conocía de lejos. Apenas si en dos o tres ocasiones le dirigí la palabra. Sin embargo, me sé de memoria sus gestos, infantilmente pueriles y llenos para mí de una trascendente significación; sin embargo, distinguía, en una muchedumbre, su silueta de mujercita hermosa, igual a la silueta de todas las pequeñas mujeres hermosas; y, entre mil voces que me llamarán, reconocería la suya, cristalina, clara, dulcemente alborozada y dominadora.

Nunca gocé de su intimidad, por suerte. La intimidad habría destrozado mi amor, como me ha destrozado tantos otros. Lejos de su presencia, yo divinizaba su vida sencilla, aureolada de romanticismo provinciano. La llevaba en mí mismo, como un eco, como un perfume, como un dulce pensamiento de felicidad. Por eso, Ella vive, más alta que todas, en mis recuerdos; cubre, como un vasto cielo puro, mi pasado inocente, y se prolonga infinitamente en todos los caminos que recorro. Por eso tiene sobre las demás mujeres de mis recuerdos, la vaga superioridad de lo ideal, de lo que casi fué y todavía espera ser. Por eso es Ella, entre ellas.



No era bonita; era algo más que eso. Era, sobre un gracioso cuerpo, un rostro gracioso; una cabellera negra y abundante sombreándolo levemente; era, sobre todo, unos ojos profundos y oscuros, y la risa de una boca pequeña, pequeña y roja como su corazón. Ella alegraba la monotonía del vivir poblano,

desarrugaba el ceño de las cosas vulgares, y ponía estremecimientos de júbilo en el ambiente pesado y quieto. En las noches estrelladas del pueblo, era para mis ojos, la estrella más bella y más lejana.



Aquel día de Carnaval, llevaba un traje amarillo de japonesita. Resultaba una divina musmé adolescente, con sus ojos, que un sabio toque de carbón hacía dulcemente oblicuos, y con su peinado alto que coronaba un hermoso crisantemo pálido. La he vuelto a encontrar, tal como entonces, en ciertas páginas transparentes de Loti y en el rincón de un paisaje de abanico, florecido de crisantemos y lotos, y con un fondo de encantadas montañas azules.



La ví por última vez el mismo día en que yo marchaba de mi pueblo, acaso para siempre. La miré más bella que nunca, más bella porque acaso ya nunca la volvería a mirar. La visión duró sólo algunos segundos, pero aun queda en mis ojos la sombra de su sombra, el delicado temblor de su sér, el eco, el perfume de Ella. Después, fué la afanada inquietud de mi viaje, la bulliciosa marcha del tren, las praderas eglógicas que pasan, la loca fuga de árboles y de paisajes, y la llegada a la ciudad nueva, desconocida, turbadora. Después, la vida.

Amo la soledad acogedora. Ella sabe ocultar

a las miradas humanas mis actitudes dolorosas. En ella converso con mis bienamadas sombras y evoco antiguas y jubilosas soledades. En su blandura de regazo maternal, me reposo confiado y feliz, seguro de que los hombres se hallan lejos, muy lejos, y de que sólo Dios y tu recuerdo están a mi lado.

Amo el silencio bienhechor. En él hay voces inoídas y se adivinan canciones infinitas que, únicamente, escucharemos en la eternidad.

(Soledad y silencio: dos blancos caminos que se juntan en una clara enervada de paz).

Amo la soledad, amigos. Y si me agrupo con vosotros, es porque mi espíritu quiere a veces estar solo entre todos, como un fiero peñasco entre las olas del mar.

Amo el silencio, Amada. Y si a gritos encendidos te canto mi pasión, es que no veo en ello sino una divina manera de adorarte en silencio.



Sería una casa rústica, y a su espalda,

una ancha huerta perfumada. Allí terminaría mi mundo. El blando regazo de la dulce dueña de mi amor, para mi cabeza cansada; y para las sombras de la noche, la lámpara pálida, familiar y humilde, como una estrella de nosotros. En la suave penumbra diáfana te contaría, con dulce tono de evocación, mis antiguas y largas errancias; y esta inquietud viajera que ahora me invade ya no haría temblar mi voz ardiente y enamorada. Hablaría casi sin nostalgia de los viejos caminos, de las ciudades, de los barcos. Y miraría con firmeza, porque ya te habría mirado a tí, los horizontes lejanos que nos llaman, y las blancas nubes que cruzan, como barcas perdidas, el alto mar azul...

Como el camino es duro, descanso de mi viaje

bajo esta sombra de árbol... He mirado hacia atrás. Qué lejos está el valle y el dormido paisaje donde mi infancia hiciera sus cosechas de paz!

Yo era feliz... ¡Llegaban en fragantes efluvios de vida hasta mi sér las sensaciones bellas. Yo, bajo el sol, erraba por los trigales rubios, y en las noches azules, miraba las estrellas...



Una casa vulgar, con blancos muros

en que verdean las enredaderas. Adentro, el jardín de mis juegos y la pieza tibia y callada donde mi madre teje. La paz del hogar, como un sol benigno, sobre todas las cosas. Y en medio de todos y de todo, el niño triste que fui yo, un niño triste y silencioso, que amaba y que solía meditar en la muerte...

Vuelves del puerto, pequeña. Todo un día

largo me has dejado solo en la ciudad. He estado soñando con el mar vasto, con la risueña arena que tú pisaste, y con las olas de espumas pálidas que han venido, galopando a la orilla, hasta muy cerca de tus pies pequeños. Sobre todo, he tenido envidia del viento del mar que ha estado, toda la tarde, besándote la cara.

Vuelves del puerto. Junto con ese aroma ligero que es tan tuyo, traes una fragancia que no te pertenece, un indefinible perfume costero. No ha cambiado el color suavísimo de tu rostro, pero yo sé que algo te ha quemado las mejillas. Y tus ojos, esos grandes ojos de noche en que me miro, parecen más profundos y velados que antes. Es que —salida de este pueblo que limita por los cuatros costados con una iglesia— has podido mirar hoy la lejanía que no termina, los infinitos horizontes, que llevan tras de mucho, hacia otros horizontes infinitos.

Te noto triste, pequeña. Triste y como arrepentida. Creo adivinar en lo que piensas. Acaso, contemplando a lo lejos un barco que se iba, has sentido deseos de marcharte, de dejarte llevar, en el éxtasis del viaje, a cualquiera de esos lugares de donde no se vuelve.

No te entristezcas por esto, pequeña mía, no te arrepientas. Si yo también había sentido lo mismo. Sólo que en la proa de mi barco de sueño irías tú, blanca y erguida como una vela, dejando atrás, alegre el ánimo y la cara sonriente, todos los caminos del mar. No viajaría con nosotros ninguna nostalgia ni ningún recuerdo. Y yo, henchido de la última dicha, recorrería contigo el mundo entero sin tocar puerto alguno, acaso por miedo de que me arrebataran mi carga de amor, y también porque la barca en que vamos nosotros y la mujer que es nuestra, no puede, no debe llevar rumbo...

En ese hondo silencio te dije todo aquello

que podía llegar a tu alma luminosa. Un rayo de la luna se perdió en tu cabello, y en un rincón de sombras se deshojó una rosa...

En el silencio ardieron nuestras almas desnudas. (Sólo mi orgullo torpe pudo hablar del olvido). Afluyó hasta mi boca la voz áspera y ruda, y se quebró el silencio como un cristal herido...



C a n t a R e s e d á !

Las rosas del jardín se asoman sobre la tapia para escucharte. Mi corazón no late para recibir en silencio tu canción. Canta Resedá! Entona esa melodía que me recuerda el comienzo de nuestro cariño. ¿Te recuerdas? Allá en un barrio pobre fué donde oímos la canción del ciego de ojos lacrimosos. Lloraba el violín y de esa boca sucia y desdentada salía la canción ruda y delicada a la vez. Los hombres del pueblo se ponían tristes. Nosotros, al regresar por la calleja de árboles desgajados, veníamos casi llorando. Canta Resedá! Quiero recordar el comienzo de mi amor! Aún no había entrado bien en mi corazón de niño huraño ese tu cariño tan dulce. Tenía miedo, yo que te adoraba como un loco, que me olvidaras demasiado pronto. Mujercita blanca y besadora, tú tampoco estabas segura de mi amor. Tonta! No sabías que en este corazón tan grande no hubo rincón pequeño donde no estuviera un eco tuyo, un perfume tuyo, un reflejo de tu belleza que era mía. Canta Resedá! Quiero recordar, con la canción del ciego de los ojos lacrimosos, el tiempo de nuestros amores tristes, ahora que frente al cielo de tu mirada cantamos con besos de fuego la canción del amor feliz. Cierro los ojos y te escucho, Resedá... Canta!

Mi corazón está encendido de una clara

ternura inefable. Me quema dulcemente una llamita tibia, tenue y alumbradora como una pequeña lámpara en la noche.

Estoy lleno de una serenidad que me hace presentir risueñas e infinitas serenidades. Todas las sensaciones de afuera se suavizan al llegar a mis ojos; mi corazón devuelve en ecos melodiosos los ruidos ásperos y doloridos de la vida. Mis recuerdos de ayer son blancos y perfumados, y todos mis presentimientos, jubilosos y reidores como niños. Soy otro hombre que el hombre triste de antes, extasiado como estoy ante esta silenciosa ternura humilde que arde en mi espíritu nocturno y desolado, como una pequeña lámpara en la noche.



Aquí, en la sombra, en la oscura soledad

de mi cuarto, te tengo a mi lado. Estoy solo, pero te tengo. No sobre mis rodillas, ni oculta en mis brazos, ni unida a mí por una larga mirada de amor. La sombra de mi estancia está vacía de tu cuerpo ardiente y de tu dulce rostro ensombrecido, pero está llena de ti.

Acaso porque, en tu presencia, me envuelve demasiado el perfume moreno de tu carne y me abisman las claras llamas de tus ojos, no he podido encontrar en ti lo que en ti busco, lo que de ti espero: la última sonrisa de tu espíritu, el pequeño rincón de tu alma en que ha de caber mi sueño infinito. Y es eso lo que está contigo, aquí en la sombra, ahora que tú no te hallas junto a mí. No está tu cuerpo ni tu ancha cabellera suave, ni tus ojos, ni tus manos pálidas. Estás.

E S T E C U A D E R N I L L O

terminó de imprimirse el 29 de julio de 1955.

*Trabajaron en sus páginas los maestros gráficos
don Enrique Collao, don Mario Mosnich y
don Alberto Cabrera.*



**EDICION NUMERADA
DE 300 EJEMPLARES**

Ejemplar Número:



262

*Te miro, intacta y pura, en
el crepúsculo y en el agua
de la fuente.—Romeo Murga*



SECC. CHILENA